

Un point épineux concernant cet auteur, on le sait, est la séparation dogmatique entre le moi profond et le moi de l'artiste; Proust l'avait déjà soutenu dans *Contre Sainte-Beuve*. Luc Fraisse sait faire la part des choses, puisqu'il combine des détails matériels de la vie de Proust directement reflétés dans *Sodome et Gomorrhe* et les motivations moins superficielles émanant d'une instance énonciative autre que celle du narrateur. Intéressent à ce propos les pages où sont identifiées les sources de Charlus et d'Albertine; on peut en dire autant du narrateur; cependant, le professeur Fraisse se garde bien d'«identifier des allusions autobiographiques un peu partout dans le roman de Proust» (p. 21).

Il serait illusoire de chercher dans ce livre une étude exclusive de *Sodome et Gomorrhe*: excellent connaisseur de l'œuvre proustienne, Luc Fraisse offre des perspectives tantôt restreintes à cette section du roman, tantôt élargies à l'ensemble de *la Recherche*. C'est ainsi qu'on trouve un beau développement sur l'itinéraire du temps perdu au temps retrouvé, sur l'histoire de la vocation d'écrivain qui se développe chez le narrateur et personnage principal. On notera également l'étude des inadvertances narratives et des négligences de détail, dans la dernière section de *la Recherche* revue et publiée du vivant de son auteur.

Un point capital de la réflexion menée par Luc Fraisse est celui de la bipolarisation philosophique et narrative. Démontrant que Proust est un «passeur de l'individuel à l'universel» (p. 59), le professeur Fraisse entre de plain-pied dans le cœur de *la Recherche*. Au-delà de la chronique mondaine, ce roman approfondit les questions-clés de la personne humaine à partir des cas précis rencontrés: les personnages principaux et, avant tout, le protagoniste lui-même. On regrette l'absence d'un développement sur Proust en tant que sociologue, étude qui paraissait cependant entamée dans la «typologie des invertis» (p. 102). Pour ce qui est du romancier, l'auteur de ce volume attire l'attention sur l'instance narrative, déchiffrant ainsi l'organisation du récit (p. 61) grâce à la maîtrise dont Proust fait montre quant à l'organisation des matières (p. 37). Ce doux tiraillement permet de distinguer mieux chez Proust ses qualités du fin anthropologue mais, surtout, ses dons de pur romancier.

JOSÉ MANUEL LOSADA GOYA, UCM

PILAR ANDRADE BOUÉ, *Paul Valéry (1871-1945)*, Ediciones del Orto, Madrid, 1.^a edic., 2000, 94 pp.

«La obra de Paul Valéry debe interpretarse sin perder de vista su dilatada biografía, porque, por una parte, este autor fue testigo excepcional de la decadencia de Occidente durante el fin del siglo pasado y primera mitad del siglo XX, y por otra, ejerció desde su atalaya intelectual una importante labor de difusión de ideas —y no sólo las suyas propias—. Concretamente, la presencia

de Paul Valéry en la Europa política de entreguerras contribuyó en gran medida a su fama, y quizá debiera hacer reconsiderar su responsabilidad no sólo en la gestación de nuestra actual comunidad de naciones, sino también en la evolución del pensamiento europeo.»

«Es evidente que Valéry supo diagnosticar tempranamente y con acierto la crisis de la modernidad y analizar con lucidez los problemas del mundo contemporáneo, con la audacia añadida de indagar en muchos y distintos ámbitos del saber para obtener respuestas coherentes en una civilización descompuesta. De ahí que su imagen armónica de un mundo lleno de disonancias sea hoy una lectura atractiva y siempre estimulante.»

Con los dos párrafos precedentes abre y cierra Pilar Andrade Boué la exposición que, en la colección «Filósofos y Textos», ha hecho del pensamiento de Paul Valéry. Quien se considerara a sí mismo como *condottiere* al servicio de todas las musas y, según los estudiosos del escritor francés, supo por anticipado describir certeramente el fracaso de la modernidad europea toda, no pudo sino percibir y vivir el suyo como un tiempo de crisis —de «decisión», «desenlace» y «resolución». De aquí el acierto de la autora de este libro al tomar como hilo conductor y de conexión entre los diferentes apartados del texto el término *crisis*, concepto aplicado a la ciencia, la política y la historia, la estética, el espíritu, la teología y la ética. En la ciencia porque, perdida toda confianza en la doctrina positivista, el conocer humano sólo puede alumbrar múltiples posibilidades que se convierten en inciertas respuestas virtuales para la vida humana. En la política y la historia ya que, arrinconada por el empuje del colonialismo la concepción occidental de políticas aisladas y destruida bajo el peso de la 1.ª guerra mundial la idea europea de la historia como progreso, solamente resta otorgar a la historiografía el valor que se concede a la ficción. En la estética pues, inexistente una normativa y un criterio universales según los que producir belleza o juzgar sobre lo bello, nada más queda el intento por forjar, en la línea de la *Crítica del juicio* kantiana, una estética formal que no está exenta de un amenazador formalismo artístico. En el «espíritu» puesto que, habida cuenta de la encrucijada en que se encuentra la razón a que apela Europa, no hay más salida que la prevalencia del relativismo epistemológico y ontológico. En teología y ética —aunque Pilar Andrade prefiere el título de «Filosofía privada: el problema de Dios y la ética» para explicar esta problemática— porque, perteneciendo a la individual esfera de lo privado tanto las creencias en lo sobrenatural como las tomas de decisión sobre la opcionalidad axiológica, cada cual concibe la divinidad a su modo y va conformando su propia moral.

Inconformista y crítico, relativista y escéptico, nihilista al cabo, pues, como nos recuerda P. Andrade, no sólo «la posibilidad genera, particularmente en Valéry, una frustración nihilista que se manifestará en todos los niveles de su pensamiento», sino que incluso «prefiere, en momentos de exaltación, la calma que roza el nihilismo a la exaltación que conduce al desastre», acaso Paul Valéry quiso también superar el nihilismo por y con el arte, conforme anticipara

Nietzsche —no olvidemos que Valéry publicó en 1927 *Cuatro cartas sobre Nietzsche*—. Si al filósofo alemán se debe la afirmación de que «nuestra religión, moral y filosofía son formas de decadencia del hombre, y el movimiento opuesto: el arte», el intelectual francés escribió: «Lejos de que la filosofía envuelva y asimile bajo la especie de la noción de lo Bello todo el área de la sensibilidad creadora y se haga madre y dueña de la estética, ocurre que procede de ella, que sólo encuentra su justificación, tranquilidad de conciencia y verdadera «profundidad» en su capacidad constructiva y en su libertad de poesía abstracta. Únicamente una interpretación estética puede evitar la ruina de sus postulados más o menos ocultos, los efectos destructivos del análisis del lenguaje y del espíritu, en los venerables monumentos de la metafísica.» Por eso los géneros de escritura y las formas de expresión escogidos por P. Valéry —de los que son una buena e interesante muestra la selección de textos que figuran en la segunda parte del libro que comentamos— hacen del autor de, entre otras obras, *La Joven Parca*, *El alma y la danza* y *Moralidades* un artista de primer orden que prelude, si bien no sólo por sus escritos, la figura del intelectual postmoderno.

Con el libro de Pilar Andrade contamos ya con un trabajo en castellano sobre Paul Valéry que combina pertinente y armoniosamente dos voces: la de quien realiza la exposición del pensamiento del autor francés y la del mismo autor en sus propios textos. Sólo me queda animar a su lectura a quienes estén interesados por conocer los motivos de los que pueda afirmarse, al menos con una cierta verosimilitud, que deriva la situación actual de nuestro mundo en diferentes facetas suyas: espero no estar equivocado al decir que su contenido no defraudará.

JOSÉ A. MARTÍNEZ

BRUNO GARNIER, *Pour une poétique de la traduction: L'Hécube d'Euripide en France de la traduction humaniste à la tragedie classique*, París, L'Harmattan, 1999, 270 pp. ISBN: 2-7384-6028-3.

Con enorme acopio de datos, un buen número de fuentes y un impecable modo de exponer sus tesis, el profesor Bruno Garnier, especialista en las versiones de los clásicos grecolatinos a la literatura francesa, nos ofrece un trabajo de gran valor: un pulido, sistemático y completo acercamiento a la traducción y asimilación de la *Hécuba* de Eurípides en Francia, desde principios del siglo XVI hasta lo que el propio autor llama «después del alba de las luces», a mediados del XVIII. Aquellas personas que tengan un interés, por mínimo que sea, en campos propios de la teoría e historia de la literatura, tales como la «poética de la traducción», «las ideas humanistas acerca de la traducción e imitación de clásicos (léase Eurípides)», «la creación de la tragedia moderna, hu-